

Michel ESPARZA, *Sintonía con Cristo*, Madrid: Rialp 2011, 160 pp., 12,5 x 19, ISBN 978-84-321-3912-3.

Este trabajo se asoma a temas profundos, complicados y bellos de la vida espiritual. El autor nos intenta poner en una *sintonía con Cristo* que dé sentido a una vida cristiana en plenitud, que sea camino de una vida contemplativa de amor a Dios. Todo vendrá dado como consecuencia de sintonizar con el dolor del Corazón de Cristo y de Dios Padre por los pecados de los hombres.

El libro se divide en dos partes. En la primera, «Conocer a Cristo», recoge en cuatro capítulos los elementos necesarios para comprender la vida espiritual del cristiano. Lo hace de manera acertada y convincente. Tanto que efectivamente el trabajo se podría titular «Una introducción a la vida espiritual del cristiano». En la segunda parte, «Corredimir con Cristo», va poniendo las bases para lo que será la idea central del estudio. Primero afirma que hay fundamentalmente dos caminos para llegar a querer a una persona, también a Cristo: el agradecimiento al experimentar su bondad y la compasión al verle sufrir. Después de explicar el primero, se centrará en el segundo. Para ello primero se detiene en hablar de *Creación, pecado y redención* (capítulo 2), donde trata de cerca el problema del *dolor* de Dios (pp. 109-112), apoyándose en las ideas y experiencias de la tradición de la Iglesia. A continuación, describe la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús (capítulo 3) y su relevancia en la vida espiritual de la Iglesia. Con ello, están sentadas las bases para la idea central del estudio, el capítulo 4: «La compasión con el corazón doliente de Cristo».

Ahora bien, precisamente en este último capítulo nos encontramos con expresiones que llaman mucho la atención. Principalmente tienen que ver con el misterio de Jesucristo, algunas específicamen-

te sobre la Santa Misa. «Los pesares del Corazón de Jesucristo resucitado» (p. 134); «actuales pesares del Corazón de Jesús» (p. 135); «nuestro sufrimiento puede aliviar los padecimientos que Cristo ofrece... [en concreto], podemos aliviar su dolor moral a causa de los pecados que acontecen en la actualidad» (p. 140); «nos urge el bienestar de su Corazón vulnerable y agradecido» (p. 143); «Jesús redime cada nuevo pecado mediante un dolor moral correspondiente en su Corazón» (p. 144); «conforme pasa el tiempo, la Pasión moral de Jesús va en aumento, porque cada vez somos más los que venimos a este mundo» (p. 145); por tanto, debemos pedir «que llegue cuanto antes el fin del mundo» (p. 145 *in fine*); la «magnitud de las heridas del Corazón de Jesús...» nos lleva a una correspondencia hasta que «llegue un día en el que nos conste que el amor que recibe supera el desamor» (p. 146). La Santa Misa es «para consolarle» (p. 150); «en ese memorial de la Pasión está presente tanto el dolor físico de Jesús en la Cruz como su dolor moral hasta el fin de los tiempos» (p. 151); «la Misa centra todos nuestros empeños, aunados alrededor del que debería ser el más importante: aliviar los pesares del Corazón de Jesús» (p. 155); «el deseo de consolar al Padre y de salvar a todas las almas» (p. 157).

Se trata de expresiones fuertes, muy significativas, pero confusas. Y en ese sentido, creo que deberían matizarse. Es un tema muy complejo, y no pretendo una explicación teológica de todo el problema, sino solamente el marco o encuadre para situar esta propuesta de espiritualidad.

De un lado, debemos considerar el misterio de Cristo y su conexión con la Trinidad, especialmente con el Padre y por tanto con el *dolor* de Dios en la Pasión y por

los pecados de los hombres. De otro lado debemos pensar en Cristo, su Humanidad Santísima en relación a su divinidad, su Pasión en la Cruz, la Resurrección y la Ascensión al cielo donde Sumo Sacerdote glorifica al Padre. De aquí deriva el problema de la relación entre tiempo en la historia y tiempo en la eternidad, y por tanto la relación entre el Cristo histórico y el Cristo Resucitado con el hoy de nuestra vida. Por último, debemos meditar el misterio del cristiano y su participación de la vida de Cristo y de Dios, dentro de la historia en este peregrinaje hacia la eternidad.

Así, en primer lugar, es preciso tener en cuenta que Cristo, perfecto Hombre y Dios, ha padecido de una vez para siempre durante su Pasión, por todos los pecados de todos los hombres de todos los tiempos. Y ese sufrimiento lo lleva en su Corazón y en su Cuerpo para siempre, como muestran las señales de la crucifixión y como evidencia que la persona humana se configura a partir de los acontecimientos de su biografía. Pero también Cristo ha resucitado y subido al Cielo. Ésta es su condición actual, también como Hombre. Lleno del amor de Dios y del amor de los hombres, ha vencido el pecado y la muerte para siempre. Como Sacerdote y Cabeza de la Iglesia, en unión plena con los bienaventurados del cielo, glorifica al Padre.

Un estado diferente corresponde a la vida peregrina en la tierra, marcada por la relación al pecado y al sufrimiento. Estamos asociados a Cristo, de ahí nuestra participación en el sufrimiento de Cristo y de la Iglesia, y en el corredimir el pecado de los hombres. Pero sólo desde nuestra condición histórica. Si nos referimos a la condición teológica y real de Cristo Resucitado, esas expresiones son inadecuadas. En el Cielo la bienaventuranza es plena; no hay dolor, tampoco dolor moral. El dolor de Cristo asumido en su Pasión está ya glorificado. Otra cosa es hablar de todo el sufrimiento provocado por el pecado actual

para que nosotros comprendamos un poco más lo insondable de la Pasión de Jesús, de la oración en el huerto de Getsemaní y de la jornada del Viernes Santo. Para nuestra vida, profundizar y vivir esa realidad es un camino fundamental de crecimiento interior, pero Cristo ya ha resucitado y vive glorioso en el cielo, cabeza y primogénito de todos los demás bienaventurados.

Uno de los temas difíciles es el dolor moral que nos produce el pecado de personas queridas. Ni los cristianos, ni por supuesto Dios, somos indiferentes a esa realidad, ni *pasamos* como dice el autor. Pienso que estos cuatro puntos nos pueden ayudar a comprender ese dolor y sus consecuencias. Primero que el pecado siempre repugna y lleva a amar a Jesucristo en su pasión redentora. Segundo que el dolor de amor se fundamenta en lo bueno que tiene cada persona al margen de su pecado. El dolor se produce porque amamos el bien que es cada persona y el bien que puede hacer, nos duele que no lo realice porque amar a una persona es querer que sea la mejor persona posible. Tercero que uno sólo puede ser amado en la que medida en que se deja. Aquí la libertad es imprescindible para abrirse al amor de Dios y de los demás o cerrarse. El amor de Cristo y del cristiano puede llegar hasta el fondo de una persona y redimirla, sólo si ésta se deja. El pecado cierra la puerta al amor de Dios. Cuarto que el amor de Dios llena totalmente el corazón del hombre. Al océano se puede añadir un vaso de agua, pero no se puede decir que esa agua le falte para ser océano. El amor infinito de Dios llena el Corazón de Cristo; el amor mutuo entre el Padre y el Hijo es infinito, eterno e inmutable; el amor de la Trinidad colma totalmente el corazón de la persona. El amor de los demás y a los demás se funde con el infinito de este amor de Dios, pero sólo Dios basta.

Por último, efectivamente uno de los caminos del amor es la compasión en el sufrimiento. Pero creo que la compasión ni

acaba ahí, ni es el camino más poderoso. Porque tampoco el sufrimiento es la última palabra. La compasión en la alegría, en la magnanimidad, en la bondad es algo mucho mayor. Pensemos en el encuentro de María con Jesús Resucitado, o de los apóstoles. En este sentido, vale la pena subrayar que el fin principal de la Eucaristía es la adoración y no la compasión, el amor de adoración de Dios Padre y no su consuelo.

En resumen, el autor nos conduce hacia un encuentro con Cristo poniendo de relieve la *contemporaneidad* existente entre nuestros pecados y nuestros desagravios y el *dolor* del Corazón de Jesús. La escritura razonada y elegante, a la par que el orden del discurso, facilitan la lectura y la ora-

ción. Pero este acercamiento valiente entra en contacto con cuestiones teológicas difíciles como la impassibilidad de Jesús Resucitado, el *dolor* de Dios, el estado de los bienaventurados en el cielo, etc. La primera frase del libro condensa su contenido: «El descubrimiento de que *Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo*, como decía Pascal, puede marcar un antes y un después en la orientación de nuestra vida espiritual» (p. 11). La diferencia estriba en que Pascal, siguiendo la tradición de la Iglesia, se refiere a la agonía de Cristo en su cuerpo extendido y difundido que es la Iglesia en la historia.

Pablo MARTI